



**EL "HOMBRE SIN CLASE" ESTA CONVENCIDO DE**



# ¿WILSON "PREMIER" INGLÉS?

Por Juan Aldebarán

**E**RASE una vez un niño que soñaba con ser ministro. El niño iba a una escuela comunal donde la mitad de sus compañeros estaban descalzos. A veces una persona mayor preguntaba a los niños qué querían ser cuando llegasen a la edad adulta. Unos querían ser aviadores —la aviación comenzaba a ensanchar los horizontes del hombre—; otros, guardabosques; algunos, médicos. Cuando le preguntaban al niño Harold Wilson, contestaba: «Yo seré ministro de Hacienda». Esta extraña vocación ministerial parecía una broma: era una obsesión. A los ocho años de edad se fotografiaba frente al número 10 de Downing Street —la residencia de los primeros ministros— con un cierto aire de propietario, tocado con una boina, apretado en un traje demasiado estrecho —Harold Wilson era ya un niño gordito—. A los doce años, el maestro encargó a la clase una redacción con el tema: «Yo, a los veinticinco

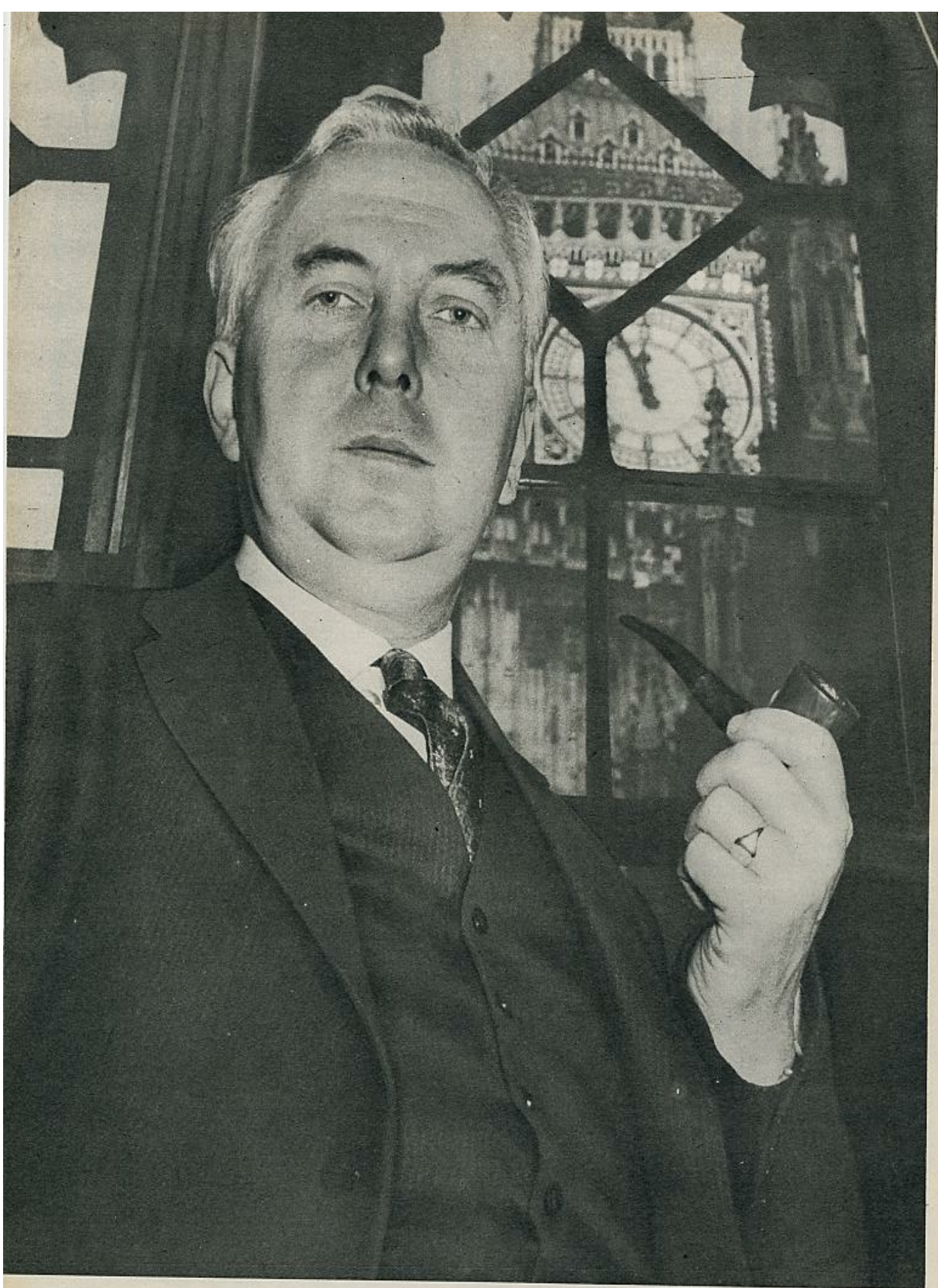
años». El niño Harold Wilson se describía ya a sí mismo como canciller del Exchequer —ministro de Hacienda— y anunciaba cuál sería su primer impuesto: sobre los discos de gramófono. («Pensaba yo entonces —dice ahora Wilson— que los gramófonos eran un lujo: sin duda porque nosotros no podíamos tenerlos»). De hecho aún tiene una cierta aversión a la música: no se le ha visto jamás en ningún concierto. Se dice que no ha leído ninguna novela, que sólo va al teatro por obligación. Se dice que no tiene amigos, aparte de sus relaciones políticas. Harold Wilson no tiene tiempo que perder: quiere ser primer ministro, y todo en su vida está encaminado a ello.

El sueño de su vida se está decidiendo en estos momentos. El próximo jueves, quince de octubre, se celebran las elecciones generales en la Gran Bretaña. Wilson es el candidato del partido laborista; se opone a Douglas-Home, candidato del partido conservador. Ha-

ce unos meses había pocas cosas tan seguras en la Gran Bretaña como el triunfo laborista. Hoy, en las antevísperas electorales, el pronóstico es difícil, incluso muy difícil. Los últimos sondeos de la opinión pública señalan un considerable equilibrio entre los dos partidos, más bien una levísima ventaja de los conservadores. Wilson, sin embargo, está seguro de su victoria. Ha observado que en todas las elecciones generales, desde 1950, hay un resurgimiento del partido laborista en el mismo día de la votación, un mayor número de votantes a favor de lo que hacían sospechar las auscultaciones previas. Si este año es también así, Wilson ganará. Los tories —los conservadores— están desgastados por trece años de poder durante los cuales una serie de desgracias han sucedido en el país: la liquidación del Imperio, la ruptura de África con la Commonwealth, la negativa de De Gaulle a admitirla en el Mercado Común; más lejos, la fracasada aven- **SIGUE**

## QUE EL JUEVES GOBERNARA EN GRAN BRETAÑA





Harold Wilson, 47 años, líder del laborismo, ex profesor de Universidad, sucesor de Gaitskell en la jefatura de su partido. Sus compañeros le consideran «un misterio gris».

tura del canal de Suez. Ha habido algunos escándalos de envergadura: el más popular, el que provocó la supuesta modelo Christine Keeler, en el que se vio envuelto un ministro conservador —el de Defensa, Profumo—. Dos primeros ministros conservadores han caído en este plazo envueltos en el desprestigio: Eden —por culpa de Suez— y Macmillan —por culpa de la Keeler—. Les ha sucedido un elegante y frívolo «premier», el aristocrático sir Alec Douglas-Home, que parece más bien un aficionado que un político profesional. Si de momento la situación económica interior es buena —«You' ve never had it so good», dice un slogan de los conservadores, o sea: «Nunca estuvo usted mejor»— todo el mundo sabe que la inflación está a la vuelta de la esquina.

**se han vuelto a equilibrar las fuerzas**

Es decir, que, objetivamente, el partido conservador es un partido quemado, un partido muerto. Sin embargo, en los últimos meses, en el último año —largo— algunas cosas han sucedido en la Gran Bretaña, que han modificado la relación de fuerzas. El partido laborista perdió su gran «leader», Hugh Gaitskell, y fue a parar a manos de Wilson que es, como dicen algunos de sus compañeros, «un misterio gris». Kennedy fue asesinado y desde aquel momento la inclinación del mundo hacia la izquierda sufrió un golpe; hemos vuelto a caer en una etapa conservadora —aunque haya signos en estos **SIGUE**



El pequeño mundo cotidiano de Harold Wilson: la flecha indicadora de su despacho, sus teléfonos, y la eterna pipa —se dice que fuma cinco onzas de tabaco a la semana—. Un comité de relaciones públicas ha tratado de ganarle simpatías, reproduciendo en millares de copias fotos de sus objetos más usuales.



momentos de que el peso de la opinión está volviendo hacia el liberalismo— que indudablemente influye en la Gran Bretaña. Kennedy favorecía a Wilson, pero Johnson —los políticos de Washington, en general— favorece a Home, porque considera como extraordinariamente peligrosos algunos puntos del programa laborista con respecto a la política exterior: apoyo al ingreso de China, como miembro de las Naciones Unidas —la Gran Bretaña mantiene relaciones diplomáticas con Pekín—, reconocimiento implícito de Alemania del Este, aumento del comercio y de las relaciones con la URSS —Kruschev ya ha anunciado que irá a Londres después de las elecciones «gane quien gane»—. Finalmente, Wilson no ha sabido ser un político electoral. Un comité de relaciones públicas ha tratado de ayudarlo a ganar simpatías: la pipa —fuma cinco onzas por semana—, la taza de té, el sastre que ha de cortar los trajes, el peinado de sus cabellos plateados —que le dan un halo paternal y grato— han sido perfectamente estudiados por los técnicos del partido, reproducidos en miles de fotografías, distribuidos por todo el país. Pero Wilson, que no ha sabido ganarse amigos en la vida, puede difícilmente hacerse amigo de los electores. Sus discursos tienen un toque de ciencia-ficción que deja fríos a los ciudadanos británicos. Wilson ha abandonado el camino de la nacionalización para prometer una sociedad electrónica, automática, de la que muchos temen que salga un paro forzoso —de la misma forma que los «ludditas» del siglo pasado temían que la máquina de vapor causara el desempleo en las fábricas: y no tuvieron razón—. Sus discursos son de hielo. Un parlamentario dijo una vez de él que «si tuviera que recitar un discurso de Churchill sonaría como si estuviera leyendo una inscripción de una tumba» (los discursos de Churchill eran famosos por su riqueza de color, de matices, de alegría, de vitalidad). En resumen, esta elección la ha definido muy bien un político conservador con esta frase: «Es una elección negativa: las gentes tienen que votar por el partido que les disgusta menos en lugar de por el que les gusta más». Es, ciertamente, una elección de mal menor. Fruto de nuestra época en la que las antiguas estructuras, las antiguas ideologías, han sido rotas y desgastadas sin que hayan podido aparecer en los países occidentales otras nuevas para sustituirlas.

De esta extraña balanza electoral puede salir un Gobierno laborista. No puede decirse «un triunfo laborista» porque los resultados serán probablemente muy escasos, muy difíciles: hasta el punto de que se piensa que el viejo y caído partido liberal, con su docena más o menos de escaños, puede ser el árbitro en la Cámara de los Comunes, y que nadie podrá gobernar sin contar con su apoyo.

Con este débil resultado, si se produce, Harold Wilson se convertirá en el primer ministro más joven de la Gran Bretaña: tiene ahora cuarenta y siete años. También se convertirá en el primero que llegue al «N.º 10» —el juez de Downing Street, la residencia del «premier»— procedente de una clase social humilde o, como dicen los británicos, sin clase, «classless». Puede ser también uno de los más inteligentes, o, al menos, de los más estudiosos. Lo atribuye irónicamente a su es-

cuela comunal. «Algunos de nosotros que hemos tenido la suerte de tener privilegios en nuestra educación no debemos considerar despectivamente a quienes, como Mr. Macmillan y otros, no tenían más posibilidad que la de ir a Eton» (Eton es el colegio de la aristocracia, donde los niños van aún con chistera y cuello duro). Cuando fue a Oxford estuvo en un colegio de clase media y ganó un premio de honor. A los treinta y un años fue presidente del **Board of Trade**, en el Gabinete de Attlee, y se convirtió así en el ministro más joven de la historia británica desde los tiempos de Pitt. Su memoria prodigiosa, sus conocimientos sociales profundos, le convirtieron en un hombre indispensable del partido laborista, al que ha entregado su vida. La desgracia se cebó con este partido: la vejez de Attlee, la muerte de Bevan, la muerte de Gaitskell —muertes prematuras de luchadores encarnizados— sacaron adelante a este hombre gris y desconocido que en un momento determinado tuvo la virtud de evitar que el partido laborista se dividiera en varias secciones —como ha pasado con los partidos socialistas europeos, y por las mismas razones— y recuperar la unidad. El partido laborista, que quiere hacer un marxismo sin Marx, es un conglomerado de contradicciones. Es un partido que reúne a los siempre descontentos sindicatos junto a las clases medias acomodadas, que basa sus doctrinas en el internacionalismo socialista pero que defiende la insularidad y el nacionalismo británicos, que se declara partidario de la NATO, pero que niega a Alemania la posibilidad de «poner la mano en el gatillo nuclear» (la frase es de Wilson)... Es necesario repetir que nuestra época, la plas-

ticidad de nuestra época, ha superado los programas, las fórmulas y los dogmas de los partidos a la antigua manera y que, por consiguiente, ya todos son contradictorios. Quizá lo único que podía salvar al partido laborista era un hombre como Wilson, que deja en el misterio grandes zonas de su personalidad y que aparece como un tecnócrata.

## una lucha entre dos hombres

Por estas razones, la lucha electoral del día 15 en Gran Bretaña se presenta por primera vez en la historia de este país como la lucha entre dos hombres. Hay que hacer notar que la Gran Bretaña ha sido siempre opuesta al «culto a la personalidad» y a la elección de figuras. Ni siquiera Churchill es una excepción: si su personalidad propia fue útil durante la guerra —la guerra no es una política—, su personalidad excesiva hizo que fuese abandonado por los electores en las primeras elecciones de la paz.

A la figura «classless», familiar, de Wilson, su té y su pipa, se opone la de sir Alec Douglas-Home, su fortuna y su aristocracia, su enorme sentido del humor. Home ha dedicado la mayor parte de su vida —tiene ahora sesenta y un años— a frecuentar la Cámara de los Lores sin demasiado interés, más que nada por obligación de su nobleza («noblesse oblige») y a cenar en los clubs más distinguidos del país. Repentinamente fue sacado de su castillo por Macmillan que le eligió como sucesor —dicen que por imposición de la Reina: sería la primera vez que la corona interviniese en la política activa—, para lo cual



El líder laborista con los «Beatles». Su propaganda está bien organizada. Pero Wilson, que no ha sabido ganarse amigos en la vida, ¿los hará entre los electores? Este es el problema, a una semana de las elecciones.



Harold Wilson con lord Bowden. El candidato a «premier» deja en el misterio grandes zonas de su personalidad y aparece ante el electorado como un tecnócrata.

tuvo que perder su título de conde y presentarse a unas elecciones parciales para obtener un puesto en la Cámara de los Comunes. Douglas-Home ha tenido que hacer un esfuerzo para «popularizarse»: se ha visto a su esposa, lady Home, acudir a los «supermarkets» y a su hija Meriel a las reuniones de «fans» de los «Beatles» tocando la guitarra. Wilson representa para los ingleses la figura del hombre sensato, estudioso, que trabaja dieciséis horas al día; Home tiene la portentosa irradiación de la aristocracia del mejor cuño, su facilidad para hablar como si hablase íntimamente a cada uno de quienes le escuchan, el sentido del humor tan apreciado y la fuerza de la tradición. Si Wilson ha evitado la ruptura del partido laborista, Douglas-Home ha sacado adelante al partido conservador que estaba prácticamente hundido. Home ofrece una lista de ministros —los que están actualmente en el poder, más o menos— que son «caras conocidas». Wilson tiene un equipo prometedor. De sus viajes a Estados Unidos y la URSS, que eran casi viajes de primer minis-

tro —«ha gozado de su luna de miel antes de su matrimonio», dice uno de sus colegas— trae la esperanza de la «coexistencia pacífica». Sus posibles ministros son intelectuales, hombres de ciencia, como Kenneth Robinson que ha sido descrito como «un humanista civilizado», o lord Bowden, actual director del Colegio de Ciencia y Tecnología de Manchester, o lord Gardiner, que está considerado como el abogado más brillante de la Gran Bretaña...

...

«Jamás he visto a nadie tan seguro de su triunfo», escribe un periodista que ha ido a visitar a Wilson. Le encontró en su casa de Hampstead Garden Suburb en un momento en que el «leader» de la oposición estaba solo. Wilson entró en la cocina, se puso el delantal de su esposa Mary —hija de un pastor metodista— y preparó una taza de té. «No tengo servicio —explicó— y cuando Mary esté fuera, lo hago yo todo por mí mismo». Una familia de cuatro personas, en

una casa modesta, de cuatro habitaciones, sin servicio: he aquí una admirable imagen electoral para un país que recuerda con indignación las orgías de cientos y miles de libras de los conservadores en casa del doctor Ward, con las pequeñas Cristina y Mandy...

Este es realmente el reflejo con el que cuentan los laboristas. El regreso al buen sentido, al trabajo, a la busca de paz, a la calma. Es decir, el final de la gran época británica de las aventuras. Se acabó el mundo de Rudyard Kipling. Hoy se ha descubierto ya que la conquista de lejanas tierras no es una gloria, sino un delito; que la colonización es algo nefasto... Y que un país puede vivir feliz, y ayudar a ser felices a los otros, sin necesidad de que el oro venga de la India. En la conciencia que los ingleses tengan de esta situación residen las elecciones del jueves.

J. A.

(Fotos CAMERA PRESS-ZARDOYA)